

## Mil años en el paraíso

La vida, tarde o temprano, llega a su fin. Qué arduo es aceptar la extensión de esa certeza. Podemos entender la muerte como lo más natural, pues si algo merece llamarse ley universal es aquello que no admite excepción. Y sin embargo, la mente humana se resiste: concibe el concepto, pero rehúsa asimilarlo. A veces imaginamos ese instante final, el último suspiro antes de la nada: ¿será como dormir, o como despertar de un sueño? Es por esta profunda negación y virtuosa esperanza que anhelamos la idea del paraíso como una promesa; un lugar de descanso después de las mareas turbulentas de la vida, donde los justos y nobles sean recompensados por injusticias padecidas, donde la felicidad sea una constante y la muerte ya no tenga cabida.

El consultorio se inunda con un silencio funesto, solo interrumpido ocasionalmente por la respiración pesada de la figura frente a mí. Reposo en un diván en el que mi cuerpo se hunde suavemente, aunque no tanto como en aquel prado.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta al fin.

—No lo recuerdo. —Escucho mi voz escapar como un ronquido entrecortado, en realidad no recuerdo nada, o mejor dicho, prefiero no recordar.

—¿Quieres contarme algo? —me dice con calma mientras me examina acomodándose en su asiento—Siento que me juzga con cada segundo de mirada.

—No me creería. —le respondo con pesadez mientras la cabeza me da vueltas.

—¿Cómo lo sabes si aún no me cuentas? Quiero ayudarte. —A pesar de su mirada fulminante noto algo de preocupación.

— Me hallaba atrapado en la cotidianidad. —exclamo como hablando solo, mientras observo un techo pálido que acentúa alguna especie de monomanía en mí.

—¿Te sentías oprimido?

Dudo en contestar, el aire se siente tenso mientras respiro como puedo y observo la habitación decorada infantilmente con varios dibujos en las paredes, colores fríos y una sensación de familiaridad que no logro descifrar.

—Como todos, supongo, —respondo finalmente— ignorante de mi alrededor, receloso de mi reflejo, esquivaba el aburrimiento con esos fragmentos de felicidad insidiosa que me alejaban de un estado real de bienestar.

Frente a mí el sujeto hizo un gesto de curiosidad, noté como aguzó la vista como si mis palabras fueran visibles para él.

—Recuerdo esa época de manera un poco oscura —continuo hablando— ;ha pasado tanto tiempo que hasta parece un sueño, este aire asfixiante, este peso que agobia, si así es como era la vida antes del paraíso, entiendo por qué es tan difícil ser feliz y sin embargo...

—¿Qué paraíso?

Recordar me produce mareos. Mi respiración se acelera. ¿Por qué todo da vueltas? Debo calmarme... respira, eso... mira cómo te observa, no puedes parecer loco, es lo que él quiere.

—Preferiría que me hablara usted de cómo están las cosas por acá —dije por fin.

—Todo es como siempre ha sido. Ya sabes, has estado aquí —esboza una nimia sonrisa que me hace notar un tono provocador y burlesco pero compasivo, aguarda que hable, espera con ese silencio lacerante típico de quien espera respuesta y no tolera un no.

—¿En realidad quiere saber?

—¿En realidad quieres contarme?

—En los muchos años que viví aprendí que las palabras no son suficientes para describir la realidad, mucho menos el sentir; intentar contarle con este idioma sería rebajar la experiencia. Aun así, haré un esfuerzo para que suene bonito.

—Sorpréndeme.

—Si le dijera que existe una verdad absoluta, una verdad que no da lugar a otras interpretaciones, ni puntos de vista, ni subjetividad; que todo lo que cree saber no es más que una mínima parte de un panorama inabarcable, y que todo conocimiento que crea que existe, por muy empírico que sea, está incompleto, ¿qué me diría?

Noto un débil titubeo en su lapicero mientras escribe sin apartar de mí la mirada.

—Recuerdo el Ákron Gnōsis —volví a hablar; de alguna manera me sentía cómodo con esa persona— y los interminables años que pasé escrutando ignotos textos que ofrecían el conocimiento infinito hasta donde la vista alcanzaba a ver: una biblioteca de omnisciencia que se actualiza constantemente con textos cada vez más complejos sobre cualquier tema existente. — Quizás me emocioné demasiado; luce incrédulo.

—Suena interesante. ¿Qué hallaste?

—Mientras más sabía, más quería saber; y, a diferencia del hambre carnal, la ambición por el conocimiento resulta insaciable cuando se es de naturaleza curiosa.

—¿Te consideras curioso?

—Tanto como usted. Quizás, si es justo, en vida tenga la suerte de visitar el Ákron y recuerde lo que le digo.

—Creo que te refieres al internet, y sí, lo conozco. Todos lo conocen.

—Veo que es escéptico. Bien, le contaré lo que vi, y luego podrá hacerse una idea propia de si creerme o no.

—Que te crea o no es irrelevante; intento ayudarte.

Un ventilador suena en la habitación, y su ruido sordo me tranquiliza, aunque no tanto como aquellos ríos. Cierro los ojos un momento para evocar el día en que todo cambió, como intentando atrapar el recuerdo al vuelo, entre un tiempo incalculable de pensamientos rotos.

—Cuando llegué, fue como nacer de nuevo, o despertar de una pesadilla y aún seguir durmiendo. Pensé que había muerto, pero aún sentía; creerse muerto implicaba un pensamiento, y si pensaba, existía; ergo, no estaba muerto. Entonces, ¿qué era aquel lugar? Aquel sol emanaba ternura y envolvía todo en una calidez majestuosa y brillante; al instante sentí paz. Me encontraba en un florido campo que se extendía más allá de un horizonte infinitamente verde, surcado por ríos serpenteantes, donde cientos, si no miles, de mariposas multicolores, con sus aterciopeladas alas, retozaban entre frondosos árboles de fruta madura y fresca. Gozoso, me acerqué y probé la pulpa; comí como si nunca hubiera comido, y nunca más tuve hambre. Continué caminando, guiado por el murmullo de un riachuelo. Al llegar, el agua era tan transparente que se reflejaban miles de arcoíris entre los guijarros espejados de su fondo. Me hundí en aquella apetecible corriente; bebí como si nunca lo hubiera hecho, y nunca más tuve sed. Salí del agua sin dolores y sin tristeza. Luego me creí loco, en un trance o arranque de locura; pero un loco no sabría que lo está. Así que, con la emoción recobrada por saberme cuerdo, me acerqué al pie de un árbol que olía a eternidad, y bajo su plácida sombra dormí, no queriendo despertar, pero sabiendo que, al hacerlo, no volvería a dormir. —Todo era perfecto... —mi voz se quiebra.

—¿Era? —me interrumpe, inclinándose hacia mí—. Me estás describiendo una utopía, un lugar fantástico. ¿Por qué dices “era”?

Bajo la mirada. Mis manos tiemblan, no por frío, sino por aquel recuerdo que se niega a quedar quieto. Empiezo a sentir escalofríos, una necesidad física insaciable que traduzco en odio: odio hacia ese ser que me tiene cautivo, odio por volver, odio por tener que volver.

Me abalanzo contra él; busco retorcer su cuello, pero, como si lo previniera, saca una jeringa que usa hábilmente. Siento cómo mi conciencia mengua lentamente.

Tardo un rato en recobrar el conocimiento. Ahora estoy en otra habitación, más cerrada, más lúgubre; el aire es más espeso que en la anterior, y un olor fétido se desprende de las paredes. Me han amarrado a un catre, la cabeza y las extremidades; no puedo moverme en lo absoluto, pero escucho al mismo individuo a mi lado, murmurando. Escucho su lapicero rasgando el papel, escribiendo quién sabe qué cosas sobre mí.

Muy tarde... ahora pensaré que estoy loco.

\*\*\*

—Te desmayaste.

—No me desmayé, usted lo provocó.

—No tenía elección; eres violento y quiero ayudarte. Soy tu única salida, debes contarme todo lo que viste y podrás irte. —Soy más listo que él, no puede engañarme de nuevo.

—Suélteme primero y le contaré lo que quiera saber.

—Así no funciona, ya se intentó por las buenas. —No alcanzo a escuchar que dice, todo es tan incómodo... no puedo ni moverme, debo ceder, él debe creer que tiene el control.

—Desátame la cabeza al menos, a menos que crea que me voy a escapar decapitándome.

—Está bien, pero no más juegos. Me dirás ahora mismo todo, estuviste en el paraíso y te quedaste dormido ¿qué sucedió luego?

Ahora sin la correa oprimiendo mi cuello, puedo mirarlo directamente, en su mirada vacía y lejana puedo notar cierto ápice de melancolía, no puedo tenerle lástima y definitivamente no quiero la suya.

—Desperté avanzada la tarde, —dije por fin— el sol sangrante refulgía en el horizonte mientras la brisa desprendía aun aromas del verde prado salpicado de infinitas flores que se cerraban con los últimos toques de oro del astro que menguaba en el horizonte.

—Qué poético, recuérdame inscribirte en un concurso de poesía luego, continua.

Se nota algo molesto, incluso irritado, pero yo soy el que está amarrado en esta fría habitación así que mejor continuo.

—Cuando el sol se recostó suavemente en el horizonte hasta desaparecer, la tierra no se oscureció; lejos de eso, todo recobró un nuevo y diferente brillo. Las estrellas tintineaban lejanas como sonrisas; y las mariposas multicolores fueron reemplazadas por luciérnagas que chispeaban, danzando en el aire como una nube fosforescente de belleza y vida. A lo lejos, entremezclado con los murmullos del río, alcancé a escuchar una música, una melodía hipnótica que me atrajo inconscientemente por su fuerza y cadencia. Sin dominio de mi cuerpo me acerqué sin duda a ese sonido celestial. Recorrí gigantescos prados, crucé valles de orquídeas doradas y charcos de plata a la orilla de árboles magníficos. Oí el aullido de animales como truenos sin relámpagos y, mientras más caminaba más ligero me sentía a medida que me acercaba a la música que me atraía.

—¿Una música dices? La música es intrínseca del ser humano. —Me mira con ojos inquisitivos, aunque lo niegue siente fascinación, curiosidad y es normal, debe pensar que miento, pero una ligera duda se dibuja en su expresión, el analizador resulta analizado. —Sí hay música hay personas, ¿viste más personas?

—Claro que sí, pero no personas como las que ha conocido hasta ahora, son diferentes, irreales. Cuando al fin llegué, alcancé a ver un tumulto de seres bailando y riendo alrededor de una hoguera de llamas iridiscentes, vestían ropajes blancos como las nubes recién formadas y piedras preciosas adornaban sus cuerpos, reflejando destellos en cada gesto. Alzaban sus manos al cielo y desprendían amor con cada gesto, cada abrazo, cada risa cargada de ternura y calidez. La dicha desbordaba mi corazón, solo quería ser uno más así que di un paso al frente y nunca más volví a sentirme solo.

—¿Te sentías solo? —Me tiene lástima, de alguna manera, me compadece, pero estoy aquí por su culpa, no puede ser recíproco el sentimiento, quizás esos seres desprendían amor con cada acto, yo nunca pude.

—Antes de llegar y ahora, —respondí— estar solo es una constante inevitable en la condición humana, incluso cuando hay compañía ¿quién acompaña al alma? Si cada uno está tan alejado del

otro, que el contacto resulta insuficiente y las palabras son ininteligibles para los corazones que se resisten a sentir.

Vuelve a escribir en su libreta, esta vez sin mirarme, noto sus ojos vidriosos y lejanos, incapaces de sentir compañía o afecto real.

—No diré más nada hasta que me desates, las correas me están presionando, el roce me arde en la piel y me molesta. —En verdad no lo soporto, atrapado en esta habitación acre, me siento al borde de la cordura, si no salgo en seguida podría morir o peor volver.

—Lamento que te sientas mal, —dijo con mirada firme— pero no hemos terminado.

—Desátame las piernas al menos, prometo no desatarme las manos con los pies. —dije en tono de broma.

—Bien, pero no más reclamos, continuarás hasta el final y terminaremos con esto.

En tono molesto me suelta las correas de mala gana y siento la presión desaparecer, la oportunidad se acerca.

—¿Bien y qué más quiere saber?— Le dije con alegría fingida que al parecer no le gustó.

—Lo que quieras contarme, ¿por qué no continuas donde lo dejaste? Hablabas de unos seres que te quitaron la soledad.

—No la quitaron, más bien allí no existía. Me mostraron el lugar y sus maravillas, su cultura suspendida en el tiempo consecuencia de la eternidad sin dolor, aquellos seres se sumían en la pasión del estudio de artes, ciencias y otras labores de elevadísima índole. Entre ellos conocí la pureza verdadera e inmaculada, así como el amor definitivo y punzante.

—¿El amor? No parece una cualidad propia de individuos con cualidades celestiales.

—¿Qué es el amor a ciencia cierta? Seguramente no lo que creía.

—¿Te enamoraste? —Esa pregunta punzó hondo en mi pecho.

Las correas me oprimen y la habitación se hace cada vez más pequeña con solo evocarla.

—La llamaba amor sin saber que significaba, siempre conmigo aún sin estarlo, buscaba su esencia en lo cotidiano, trataba de evocarla en los miles de poemas que le compuse, imploraba al tiempo detenerse para dedicarle la eternidad en una frase de febril sentimiento. Incluso entonces, con el idioma que manejaban capaz de reflejar partes del pensamiento que nuestro dialecto no puede, era insuficiente para describir sus besos que acariciaban el alma.

—¿Que pasó con ella? Lo cuentas con tristeza.

—Todo acaba, incluso la eternidad no es más que un estado de permanencia imperturbable, hasta que se perturba.

De nuevo me vienen mareos, recuerdos de la primera vida, quien era, mi nombre, A...

—Creo que empiezo a recordar. —Seguro observa el temblor en mis labios, yo observo la curiosidad arder en los suyos. ¿Porque me parece conocido?

—¿Qué recuerdas?— dijo con emoción.

—Quien era, mi nombre, es leve y doloroso, creo que debo dormir...

—No, no lo harás, debes recordar, debes recordarme.

Apenas escucho sus últimas palabras, la nada de morir sería tranquilizadora, pero ahora sé que no existe. No resisto, mi vista se borra y siento que perderé el conocimiento, su voz lucha con el ruido en mi cabeza que se disuelve en la sensación de estar atrapado atemporalmente entre una vida que no llega a su fin.

Recuerdo todo, el Ákron Gnōsis y las immaculadas tardes que pasé encantado entre pliegues de papiro absorbiendo conocimiento ancestral junto a mi amada. Al viejo sabio de ojos cerrados con semblante insatisfecho, el único que no sonreía y poseía todo el saber. Los jóvenes años de colores refulgentes y emociones poderosas. Qué dulce es la ilusión de lo que no ha pasado y cuán amargo el desencanto de lo ocurrido.

\*\*\*

—Por fin despiertas.

—¿Que hago aquí?

—¿No te parece familiar esta habitación?

—Huele a mí.

—Correcto, es tuya, o era, ya no sé quién eres.

—Ni yo sé quién eres tú.

—Estás loco, A...

—No me llames así, ya no uso ese nombre.

—Sufres delirio y ataques psicóticos.

—No es cierto, se lo que vi es real.

—Solo es real por que quisiste que así fuera.

—Hay algo más allá de la vida, lo sé.

—¿Por qué volviste entonces? Entre la perfección de tu mundo imaginario, sin hambre ni dolor, ¿porque no te quedaste?

—No pertenecía, aun no, es un lugar reservado solo a unos cuantos elegidos, me dijeron que podía quedarme mil años y volver, ahora no sé qué hacer con esto, duele vivir, no hay muerte, y no quiero volver.

—Estás mal, déjame ayudarte.

—¡Basta! Aléjate, no me toques.

Movido por una furia ajena a mí, lo empujo con toda mi fuerza, veo su endeble cuerpo desplomarse con facilidad al piso, por fin, ahora soy yo el que tiene el control, tomo un bolígrafo, el mismo con el que escribía esas molestas notas y se lo clavo en el cuello, mientras veo como su mirada va perdiendo lucidez, mientras lo mato, algo muere en mí, la humanidad que me mantenía atado a esta u otra existencia se desploma enseguida, su desangramiento es mi castigo, un charco de sangre en el piso refleja el rostro de quién lo perdió todo, ahora no podría volver, no ahora que mis manos estaban manchadas y soy impuro, de todas formas no dejé nada en aquél lugar tampoco, nada me ata, y decido mancillar lo sagrado, no siento remordimiento alguno. Mi padre muerto yace ante mí con sus ojos ahora desubicados.

—No nos veremos en el paraíso, papá.

Lo dejo en la habitación, sabiendo su destino, sin envidiarlo, nunca supo nada.

\*\*\*

”Informe: Mi hijo lleva tiempo ausente, perdido en un brote de esquizofrenia psicótica. Cree estar en otro lugar y balbucea incoherencias, a veces logro vislumbrar en sus frases cierto estado de lucidez dentro de su alterado estado.”

”Le administro 3mg/día de risperidona y 15mg/día de Fluoxetina, no se nota mejoría visible, en ocasiones se queda horas mirando una pared en blanco como si la escrutara profundamente, para luego reír a carcajadas”

”Se vuelve violento e inestable, grita que está aburrido, se muestra renuente al consumo de alimento y bebida, se abstiene de dormir, salvo en leves intervalos, los únicos momentos de calma actualmente.

”Hoy logré despertarlo de su trance, es maquinal, narra un estado de súper conciencia más allá de la imaginación, las cosas que dice me hacen dudar, pero es peligroso, le administré diazepam y lo encerré en el sótano hasta que se estabilice”

”Hoy logré que se abriera más conmigo aunque como efecto secundario de las drogas creo que pierde facultades mentales, desconfía de mí y con justa razón, yo mismo desconfío de la existencia, me pregunto si de alguna manera lo que me dice es cierto y yo soy el loco. Es mi hijo, no quiero seguir con esto, lo dejaré libre y lo apoyaré, al final solo nos tenemos el uno al otro para combatir la soledad. Más allá de la lógica, espero que tenga razón y si ese lugar existe, espero estar con el viviendo mil años en el paraíso.”